

El invasor

Es una constante que las sociedades se defiendan, que rechacen las críticas y, sobre todo, los elementos cuestionadores de sus fundamentos. Por eso mismo son capaces de absorber injusticias y crímenes, que olvidan o convierten en actos necesarios, inevitables para la marcha del progreso. Muy de vez en cuando se rompen estas rutinas. A veces, agentes externos o actores internos, se levantan: toman la justicia en sus manos. Entonces, la sociedad reacciona. Amenazada, se parapeta como ante una invasión, y hacen actuar los mecanismos de defensa: tribunales, fuerza pública, militares, leyes, prensa.

Esa puede ser la explicación del aparentemente extraño título de esta novela: "El invasor" de Sergio Missana (Planeta, 1997) que construye el argumento sobre hechos de esa historia borrosa.

En 1994, el anciano -y respetado- general Roberto Silva Renard fue atacado por un obrero cuando salía de su oficina en los Arsenales de Guerra. Caminando en su trayecto de costumbre fue interceptado por un hombre joven que, sin gritos ni imprecaciones, le clavó varias veces una daga. Silva Renard no murió. Quedó herido de mediana gravedad. El hechor huyó a través del Parque Cousiño en una ruta que había estudiado previamente, pero fue capturado. Mientras lo retenían, un oficial de ejército le dio de sablazos en la cabeza con el propósito ostensible de matarlo. Erró los golpes y el autor del atentado fue llevado al hospital, donde comenzó su encarcelamiento.

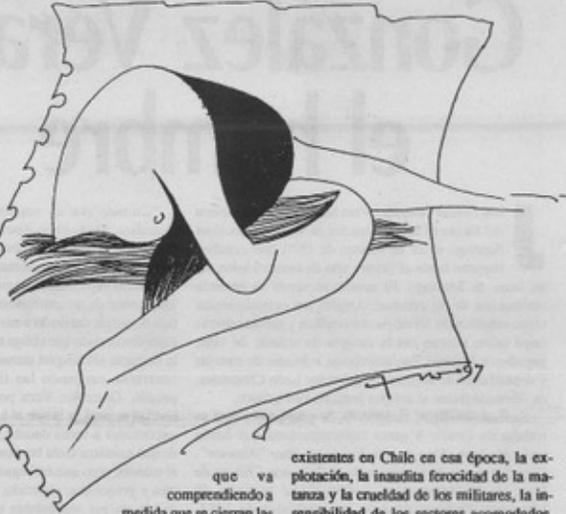
Antonio Ramón Ramón, un español, había observado durante meses a Silva Renard, hasta conocer en detalle sus pasos. Pensaba asesinarlo para cobrar al general la muerte de su medio hermano, masacrado en la Escuela Santa María de Iquique en

1907, por acción de soldados bajo su mando.

Por impericia o razones oscuras afinadas en su interioridad, el hechor no pudo ajusticiar al oficial, responsable del mayor crimen colectivo cometido hasta entonces en el país. Silva Renard, por su parte, estaba convencido de haber actuado legítimamente para liberar a la sociedad de males mayores. Antonio Ramón -el invasor- debió afrontar la embestida de la justicia decidida a castigarlo de "manera ejemplar".

Con estos hechos -poco usuales en la preocupación de un novelista de apenas treinta años- Sergio Missana construye una novela apasionante.

Dos niveles de narración comparten el espacio literario. Uno externo que relata las peripecias y aventuras del protagonista en busca de su hermano, desde el paso de la cordillera a pie donde conoce las obras de construcción del ferrocarril trasandino hasta la búsqueda en las oficinas salitreras, y otro nivel interno, relatado en primera persona por el abogado defensor que escribe cartas a un colega más experimentado y prestigioso en busca de ayuda para que Ramón tenga un juicio justo. Se yuxtaponen espacios y tiempos, que se desprenden del ataque a Silva Renard narrado con lúcida precisión. Una escena en Marruecos en 1901 donde Antonio sabe de la existencia de su medio hermano, de asombroso parecido físico con él; la travesía de la cordillera, el viaje en tren hacia el norte en que sabe algunos detalles de la masacre -en 1908- conforman la primera parte. Luego el epistolario sin respuesta del abogado defensor que sirve para completar la historia y también para desarrollar, entre líneas, otro relato, el del propio abogado



que va comprendiendo a medida que se cierran las puertas del proceso que no hay posibilidad de justicia y que un mecanismo implacable se ha puesto en marcha para aplastar a Ramón. Ese obrero de pocas palabras, abnegado y solitario, como fuera del mundo, que quiso matar al general para cumplir con un asumido designio de justicia o para tranquilizar el alma de su hermano asesinado que lo acosaba sin tregua.

La correspondencia del defensor, escrita en estilo abogadil y levemente sarcástico, constituye una segunda mirada o visión alterada de la situación procesal y del crimen que muestra sus dimensiones sociales. La confabulación de los "poderes establecidos" discurre por sus líneas, intencionadamente disonantes con la primera parte, que alcanza niveles de excelencia en la descripción de paisajes y situaciones.

El relato funciona con sabiduría ajena a toda obviedad y a realismos forzados. El lector va absorbiendo sin que se lo diga explícitamente las condiciones de trabajo

existentes en Chile en esa época, la explotación, la inaudita ferocidad de la matanza y la crueldad de los militares, la insensibilidad de los sectores acomodados. La novela renueva un tema archaisado y lo dota -en esa forma- de mayor poder de conmoción.

Sergio Missana exhibe en este libro notables capacidades, sobriedad y precisión psicológica que deja en penumbras la personalidad de Antonio Ramón, acaso instrumento misterioso de la justicia que merecía Silva Renard.

Hace más de medio siglo, el crítico Domingo Melfi escribió: "La chilenidad o lo que se ha dado en llamar criollismo es, además, o quizás sí en una medida superior, una exaltación de los humildes, de los insignificantes, de los que sufren o padecen amarguras derivadas de sus mismas condiciones de existencia". La cita parece pertinente a esta novela de Missana, no para encasillarla en un debate que no existe; para llamar la atención hacia temas como el de este libro que esquivan casi todos ●

HERNAN SOTO

El invasor [artículo] Hernán Soto.

Libros y documentos

AUTORÍA

Soto, Hernán

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El invasor [artículo] Hernán Soto.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile